

C  
850  
A.



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad de los Edi-  
tores. Queda hecho el de-  
posito que marca la ley.  
**CAPILLA ALFONSO SINA**  
**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA**  
**U. A. N. L.**

PQ 4683  
.A3  
A48

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

AMOR Y GIMNÁSTICA





I

EN la esquina de la calle de los Mercaderes el secretario dió un profundo sombrero al ingeniero Ginoni, que le correspondió con su acostumbrado: —¡Buenos días, querido secretario!— y tomó luego por la calle de San Francisco de Asis para volver á su casa. Eran las nueve y veinte minutos: estaba casi seguro de encontrar por las escaleras á quien deseaba ver.

Á diez pasos de la puerta tropezó en la acera con el bigotudo maestro de gimnasia Fassi, que estaba leyendo pruebas de imprenta: se detuvo éste, y enseñándole los papeles, dijo que estaba repasando las de un artículo sobre la *barra fija* de la maestra Pedani, destinado á *La Nueva Liza*, periódico de gimnasia, del que era uno de los principales redactores.



—Es justo—añadió—lo que dice. No tengo que hacer mas que retocarle un poco, aquí y allá. ¡Ah! esa es una verdadera maestra de gimnasia. No digo para escribir: cada uno tiene sus facultades. Y además... en la gimnasia, como ciencia, el cerebro de una mujer no puede profundizar ¡ya se sabe! Pero como ejecutante, no hay otra. Es verdad que la madre naturaleza la ha fabricado para esto: le ha dado las proporciones más perfectas que jamás he visto, en su esqueleto, una caja torácica que es una maravilla. Ayer precisamente la estaba observando al hacer la rotación del busto como experiencia. Tiene la flexibilidad de una niña de diez años. ¡Que me vengan á decir esos *señores estéticos* que la gimnasia deforma al bello sexo! Esa maneja los aparatos como un hombre, y tiene el brazo más bonito de mujer... ¡si usted lo viera desnudo!... le aseguro que nadie ha podido ver nada comparable bajo el sol. Para servir á usted.

Así cortaba él bruscamente toda conversación para imitar al célebre Bauman, el gran gimnasiarca, como él lo llamaba, que era su Dios. El secretario se quedó pensativo.

Este feroz maestro Fassi, sin saberlo, le estaba atormentando hacia ya tiempo con

todas estas noticias descriptivas sobre las fuerzas y las bellezas de la maestra, en la que ya él por su parte pensaba demasiado. Ahora las dos imágenes del busto que daba vueltas y del brazo desnudo, aumentaron la agitación con que se encaminaba siempre hacia la escalera en el momento en que esperaba encontrar en ella á su vecina.

Subió los primeros peldaños con paso lento y suave con el oído alerta, y cuando llegó al primer descansillo, al oír el roce de los pies en el piso de arriba, la sangre se le agolpó á la cabeza. Eran la maestra Pedani y la maestra Zibelli que bajaban juntas como siempre, para ir á la escuela. Él reconoció la voz de contralto de la primera.

Cuando estuvieron frente á frente á la mitad del segundo tramo de escalera, el secretario se paró, quitándose el sombrero, y en vez de mirar á la Pedani, dominado por la timidez, miró, como solía hacer otras veces, á su compañera; ésta creyó una vez más que ella era la causa de su turtación, y le animó con una amable sonrisa. Y sostuvieron uno de los diálogos estúpidos y manoseados de tales ocasiones.

—¡Qué pronto van ustedes á la escuela!—balbuceó él.



—No es tan temprano—contestó con voz melosa la maestra Libelli;—van á dar en seguida las ocho y tres cuartos.

—Creí... que no serían más que las ocho y media.

—Nuestros relojes van mejor que el de usted.

—Puede ser. ¡Hay una niebla hoy!

—La niebla precede al buen tiempo.

—A veces... quizá ocurra hoy esto. Y... ¡hasta la vista!

—Adiós.

—Adiós.

Desde lo alto de la escalera, el secretario se volvió rápidamente, y aun llegó á tiempo de lanzar una mirada arrebatadora á la hermosa espalda y al brazo poderoso de la Pedani, en el instante que la Libelli, sin que su amiga lo advirtiese, se volvía á mirarlo con cara sonriente.

Entonces él tomó una resolución. No, no era posible que continuase de aquella manera, haciendo el papel estúpido que había hecho delante de ella; esto le daba el último empujoncillo. No podía seguir más adelante con aquel deseo atormentador en el cuerpo, exacerbado todos los días por encuentros como este, en que ni siquiera lograba el gus-

to de mirarla. Estaba decidido: mandaría la carta que hacía una semana tenía sobre la mesa: quería una sentencia de vida ó de muerte.

Al llegar al segundo piso, abrió la puerta con aire resuelto y se fué derecho al cuarto de su tío, el comendador Celzani, amo de la casa, para entregarle las rentas de otra casa suya de Vanchiglia, é irse en seguida á leer, por última vez, la carta que debía decidir de su destino. Pero á un paso de la puerta, oyendo que hablaban dos personas en la habitación, se detuvo, y mirando por el ojo de la llave, vió en compañía del amo un hombre pequeño y gordísimo, con ancha cara imberbe y rugosa como de niño envejecido é inflado, á quien conocía de tiempo atrás. Era el director general de las escuelas municipales, que pasando todos los días por la calle de San Francisco para ir á la oficina, de vez en cuando subía á saludar al comendador Celzani con quien tenía íntima amistad hacía ocho años, desde cuando aquél había sido asesor suplente de instrucción pública. Sin embargo, como desde que guardaba en su pecho el secreto de aquella pasión, el secretario desconfiaba de todos, se puso á escuchar á la puerta, sospechando



que hablasen de él. En seguida se tranquilizó oyendo que el director hablaba, según su costumbre, de las grandes y delicadas dificultades de su propio cargo, por lo que á la inspección de las maestras se refiere.

—Usted comprende bien—decía con voz asmática y lenta—van á dar lecciones á familias nobles, tienen conocimientos entre los diputados y senadores, algunas tienen relación con altos empleados del Ministerio. Hay que ir despacio. Á veces están apoyadas por gentes de la Casa Real. Y en un abrir y cerrar de ojos se alza un enjambre. Es un cargo, como usted sabe bien, que requiere un tacto, una delicadeza... que pocos tienen. Se trata de hacer marchar á una familia de doscientas cincuenta á trescientas, entre señoritas jóvenes y maduras, casadas y viudas, procedentes de todas las clases sociales, y con ellas un cuerpo de directoras que... mucho más cómodo sería tener que habérselas con las treinta princesas de la casa Hohenzollern. Figúrese los quebraderos de cabeza que me dará entre amores, enfermedades, matrimonios, lunas de miel, exámenes, puerperios, rivalidades, diferencias con sus superiores y padres... Créame usted, que á veces, me daría de cabezadas contra la pared.

Y así iba hablando en términos generales. El secretario, completamente tranquilizado, se apartó de allí dispuesto á esperar. En cuanto el director salió, entró él á ver al tío, que aun estaba sentado en la poltrona, envuelto en su bata, con sus graves y dulces ojos azules fijos en el techo, como absorto en contemplaciones celestiales, y después de darle cuenta de sus gestiones, le puso sobre la mesa los billetes de Banco.

Él se limitó á hacer un signo de aprobación, con su hermosa cabeza blanca, sin decir palabra, como era su costumbre, y volviendo nuevamente los ojos al cielo, se puso á pensar. Fuese entonces el secretario de puntillas, entró en su cuarto, sacó de un cajón cerrado con llave una carta escrita por las cuatro carillas con perfecta caligrafía, volvió á leerla con atención profunda, la puso de nuevo en el sobre con sumo cuidado, pególe el sello correspondiente, salió de casa sin hacer ruido, y en la esquina de su calle, después de quedarse algo indeciso con el brazo levantado delante del buzón, dejó caer su carta. Dió un profundo y largo suspiro. La suerte estaba echada. Ya no cabía más que echarse en brazos de la Providencia.



## II

El secretario tenía poco más de treinta años; pero el aspecto reposado y las maneras de un hombre de cincuenta, la figura de un notario de sainete ó la de preceptor de una casa patricia clerical.

Habiéndose quedado huérfano de muchacho, fué recogido por un tío materno, párroco de un pueblo, que primero le metió en la sacristía y luego le dió una plaza en el Seminario para hacerle cura; pero, muerto el párroco, que le dejó un modesto peculio, le sacó del Seminario llevándose consigo su tío Celzani, viudo sin hijos, para hacerlo su administrador ó secretario y capataz: oficios en los cuales ponía él una probidad y un celo verdaderamente ejemplares. Iba á la iglesia, frecuentaba el trato de los curas; y de cura le habían quedado ciertos movimientos y actitudes, como la de tener casi siempre una

mano apretada contra otra sobre el pecho, la aversión á los bigotes y á la barba, y la costumbre de vestir todo de obscuro; no era beato, sin embargo, y se vanagloriaba, sin mentir, de ser patriota y liberal.

No obstante esto, por sus trazas todos los inquilinos de la casa le llamaban hacia años por burla, *Don Celzani* (\*). Y á pesar de esta sombra ligera de ridículo, le estimaban y le querían bien porque era cortés y servicial, y tímidamente respetuoso con todo el mundo, siempre igual; desahogándose, cuando su paciencia se ponía á prueba, con esta única exclamación, la más áspera de su repertorio: —¡*Gran Dios!*— que lanzaba levantando los ojos al cielo y estirando los brazos, en actitud de invocación.

Había en él, sin embargo, un lado de su naturaleza que nadie había conocido nunca.

Bajo aquel aspecto reposado de clérigo disfrazado, se ocultaba un temperamento físico ardiente, una fuerte sensualidad contenida, no tanto por hipocresía, como por timidez, por sentimiento de decoro y disi-

(\*) Sabido es que en Italia se llama *Don* á los sacerdotes, colocando el tratamiento delante del apellido.



mulada generalmente por su actitud de profunda meditación.

Al ver por la calle aquel hombre vestido de negro, algo encorvado, con sus cabellos oscuros y lacios, con el semblante liso, con dos ojos tan pequeños que cuando sonreía desaparecían por completo, con una nariz larga y delgada de asceta, con el andar menudo que parecía estudiado y siempre con la vista hacia tierra, á diez pasos, delante de sí, nadie llegaría á pensar que pudiese escapar á su mirada ni un piecenco descubierto al montar en un coche, ni una fotografía libre puesta en un escaparate, ni una pareja de amantes apretados en el hueco de una puerta, ni nada, en suma, que pudiese excitar los sentidos. Un observador no hubiera podido reconocer su temperamento más que en la gran boca movable, que parecía formada de dos sierpecillas bermejas, y en ciertas oleadas de sangre que al cruzar ciertos pensamientos le coloreaban por un instante el cuello y la cara. Á la verdad que el alma cándida de su tío el cura, no hubiera podido seguirle en todos sus pasos; mas su conducta era tan dignamente prudente, que ni el que conociese mejor sus hábitos, podría descubrir nada que hiciera sospechar que

bajo tal aspecto, no era lo que parecía. Por lo demás, él era una de esas naturalezas no vulgares en su sensualidad, que no se abandonan al vicio, porque no se apagan en él sus deseos, ni pueden satisfacerlos más que en la posesión única, segura y honrada, y no exenta de afecto; naturalezas, mejor que sensiblemente sensuales, amorosas, que esperan y buscan, que sin gran esfuerzo se enfrenan si no encuentran encarnado el ideal físico y moral que guarda su mente; con lo cual son quizá más difíciles de contentar que otros hombres fríos y refinados, á quienes no ofusca el humo de la pasión.





## III

Ahora bien; él había encontrado este ideal en la maestra Pedani, que hacía tres meses, (allá á principios de Diciembre) había venido á vivir con su colega la Zibelli en un cuartito del tercer piso de aquella casa, frente á la puerta del maestro Fassi, quien la había traído allí para asegurarse mejor su preciosa cooperación en *La Nueva Liza*.

Aquella alta y robusta joven de veintisiete años "ancha de espaldas y estrecha de cintura," modelada como una estatua, que por todos los poros de su cuerpo respiraba salud y fuerza, y que hubiera sido bellísima si no le hubiese tocado una naricilla sin concluir, una expresión en el rostro y un andar quizá demasiado varoniles, le había hecho, desde su primera aparición, el efecto de una persona, por mucho tiempo deseada y esperada.

Era el tipo que había acariciado en sus

sueños ardientes de seminarista, la figura que había entrevisto confusamente en toda su fogosa juventud.

La primera vez que subió á su casa á recoger el alquiler anticipado del trimestre, no había podido contar los billetes de á cinco que le fué poniendo en fila sobre la mesa.

Desde aquel día la pasión fué creciendo á oleadas. Y en cuanto llegó á comprender, por su apostura, el carácter vigoroso y tranquilo, refractario á todo género de coquetearias, hasta el punto de que le pasaba inadvertido el efecto producido por su propia persona, y no daba esperanza alguna ni de ligerezas ni de caprichos, el pensamiento de él fué derecho y resueltamente hacia el matrimonio, como el único modo posible de conseguir la satisfacción de sus deseos.

No obstante su ardor, por lo demás, preveía las dificultades que su tío opondría racionalmente á su matrimonio con una maestra, sola y sin fortuna. Pero le hacía esperar en parte que el *no* no fuera absoluto, el hecho de una pasión singular que habíase encendido en el alma del comendador, la única que él le conocía: un espíritu activísimo de propaganda en favor de la gimnástica educativa, y que él había promovido de to-



dos los modos posibles durante su breve vice-asesorato de la instrucción; de cuya propaganda desistió luego, pero guardando una viva y constante simpatía por todos los espectáculos gimnásticos de escuelas, colegios, institutos, academias y exámenes, de los cuales no perdía ni uno solo, siendo invitado á todos como uno de los primeros y más beneméritos fundadores de la Palestra de Turín.

Precisamente era esta simpatía por la gimnástica lo que le había hecho reducir en una tercera parte el alquiler de un tercer piso al maestro Fassi, conocido de él en la Palestra muchos años hacía, y otorgar el mismo favor á la señorita Pedani, maestra de gimnasia en varios establecimientos, conocida por su valentía para la enseñanza y por sus articulillos animados en los periódicos técnicos.

El secretario pensaba que el mismo sentimiento que le había hecho reducir el alquiler á la inquilina, le haría disminuir la oposición á la esposa.

Por este lado pues, no estaba la dificultad más terrible. La más terrible era la de arriesgarse á declarar abiertamente su pasión á ella: á lo cual se había opuesto for-

midablemente por tres meses su timidez invencible, motivada sobre todo por la consideración de la gran inferioridad que él reconocía en sí, respecto á la maestra, bajo el punto de vista de los méritos exteriores de la persona.

Llevaba tres meses, en que conociendo con toda precisión el horario de todas sus lecciones, se ingeniaba todos los días y á todas horas para salir y volver á casa precisamente cuando podía encontrarla en la escalera y abrirle el corazón; cien veces la había encontrado, sin haber podido dirigirle sino las más banales é insípidas palabras. Y de nada le servía preparar primero la frase, tragarse luego dos copitas de Caluso ó buscar el valor en el sentimiento de la honradez de sus fines: cuando se encontraba frente á frente de aquella alta y fuerte muchacha, bien estuviera en el peldaño de más arriba ó en el de más abajo, le parecía siempre dominado como por una figura colosal; todo su ficticio ardimiento caía por tierra sin que las más de las veces osase ni apartar la vista de su bonita cintura ó de levantarla desde sus estupendos hombros á su rostro. No había logrado quizá, ni hacerle adivinar su propia pasión; tan tranquila y siempre igual se



mostraba ella en su desenvoltura de jovenzuelo al saludarlo y conversar con él.

Así vivía rumiando su amor, añadiendo cada día la excitación de una nueva imagen á una interminable colección de actitudes, de timbres de voz, de movimientos, de gracias que él tenía en su cabeza y á los cuales pasaba revista de continuo, meditando sobre cada uno de ellos y saboreándolos con una voluptuosidad y con un tormento creciente que no le daban punto de reposo.

Por último, no pudiendo ya resistir más, le había escrito aquella carta.



## IV

La casa se prestaba á los manejos y secretos de una pasión amorosa.

Era una de las casas más viejas de Turín, un antiguo convento, según decían; sin buhardillas, sin terrazas sobre el patio, con dos únicas escaleras mal iluminadas: en cada una de estas no daban sino las puertas de seis cuartos, en su mayor parte pequeños y habitados todos por gente tranquila.

En la escalera del dueño de la casa, en el primer piso, habitaba el ingeniero Ginoni, con su familia, con la que sostenía relaciones la Pedani por haber sido maestra elemental de una de las hijas, que á la sazón era alumna de la escuela "Margarita.". En el mismo piso vivían dos hermanas viejas bien acomodadas, entregadas en cuerpo y alma á la iglesia, escrupulosas hasta el punto de que jamás levantaban la vista para mirar á un hombre

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA LIBRO MONTAÑA  
"ALFONSO Y ES"  
Vols. 1925 MONTECERRE, MEXICO



á la cara y buenísimas en el fondo; éstas en un principio saludaban cortesmente á la Pedani, y luego dejaron de hacerlo porque llegaron á saber por los criados que aquella asistía á un curso de anatomía y fisiología aplicadas á la gimnasia, que daba el doctor Gamba.

En el piso segundo y frente al comendador, vivía un viejo caballero, Borsetti, propietario, con su mujer siempre enferma, que jamás salía de casa; hombre correctísimo, que alguna vez acompañaba á la Pedani al subir la escalera, hablándole de sus males.

El piso tercero era todo él escolástico y gimnástico, y los dos cuartos, por la vida que en ellos se hacía, eran sin duda los más originales de la casa: principalmente el de las maestras, por las grandes diferencias que entre ellas había por la índole y por la vida respectiva y que hacía parecer extraño que ellas se hubieran decidido á vivir juntas.

La Zibelli tenía treinta y seis años, y en su físico era también el polo opuesto de su amiga. Alta, pero flaca y estrecha de pecho; fisonomía bonitilla, pero demasiado menuda y ya ajada: no tenía mas que los contornos aparentes de un cuerpo bien formado, gracias al gusto con que se vestía; y por la ma-

nera peculiar de echar el paso se comprendía que sus rodillas eran amigas demasiado intrínsecas.

Debió haber sido una jovencilla muy simpática, con cabellos castaños hermosísimos: su gloria era haber enamorado en la escuela "Domenico Berti," á un joven profesor de física, quien se ponía encendido al preguntarle; pero esta gloria era ya antigua, y los cabellos se habían encanecido.

Las amarguras de su larga vida de soltera, para la que no había nacido, habíanle producido dos ásperas arrugas en los ángulos de la boca, y no se qué de torvo en los ojos, que revelaba un alma contrariada.

El fondo se había conservado bueno, á pesar de los pesares; pero el humor irritable y voluble lo estropeaba todo. Hizo amistad con la Pedani desde que ésta entró en su misma sección municipal, por quien se interesó inmediatamente con simpatía de hermana mayor, por aquella guapa muchacha olvidada de sí misma y de las cosas domésticas, con la cual tenía de común el entusiasmo por la gimnasia; y se había unido aun más con ella para sofocar con el afecto un principio de celos y de envidia que sentía por su opulenta belleza. Por esto precisamente le había



propuesto vivir juntas, como lo realizaron desde hacia dos años.

Según creció la familiaridad se fué turbando poco á poco la buena armonía.

La primera discordia nació el año anterior, con ocasión del gran congreso gimnástico de Turín, en el que determinándose la división entre las dos escuelas de Oberman y de Bauman, la Pedani se había arrojado resueltamente en la segunda que era más radical, y la otra se quedó, como lo exigía la índole suya más femenina, en la primera.

Después surgieron otros disentimientos por causas más graves.

La Zibelli se enamoraba á cada paso, con una increíble facilidad, y se creía correspondida por sólo una mirada, por una frase cortés ó equívoca, por la más sencilla atención de un maestro, de un superior, de un pariente, de alguna alumna suya; y siempre en estos accesos súbitos de la fantasía, encontraba ó le parecía ver surgir entre sí y el supuesto amante á su hermosa amiga, para apartar la atención de él, hacia su persona, atrayéndola sobre sí propia, involuntariamente desde luego, pero siempre con gran desesperación de su parte.

Sobrevenían entonces periodos desagrada-

bles, durante los cuales ella no podía soportar nada y se enredaba en cuestiones interminables por una palmatoria que no estaba en su sitio, ó porque se levantaba demasiado temprano, ó porque la hacía esperar á la mesa medio minuto, por todos los más fútiles pretextos, en suma; y más irritada todavía porque no encontraba su rabia donde hacer presa en aquella alma sana, en un cuerpo sano también, en el que circulaba la vida rápida y entusiasta, y en que la labor continua y alegre no parecía dejar sensibilidad alguna para los choques menudos y los pequeños disgustos de la vida doméstica. Luego la Zibelli se encaprichaba de otro, y mientras la ilusión duraba, volvía con ella á la amistad expansiva y protectora de los primeros días, cuidándose de su vestido, divirtiéndose con su desorden, complaciéndose casi de la admiración con que las gentes la miraban.

Sino que según iban sucediéndose las desilusiones, como ella creía, por causa suya, las manifestaciones de su acrimonia se iban haciendo más fuertes cada vez y duraban más tiempo. Cuando se encontraba en uno de estos periodos, no la acompañaba para ir á la escuela, murmuraba de ella con los vecinos, se pasaba los días enteros sin despe-



gar los labios ó la contradecía ferozmente de la mañana á la noche, pero sin lograr encolerizar á la compañera.

En las discusiones, su amiga le daba la razón cuando la tenía, discutía con parsimonia en el caso contrario, sin dar importancia mas que al fondo de la cosa, y cuando la Zibelli estaba de hocico, se contentaba con mirarla de vez en cuando, como con curiosidad, seguía haciendo sus cosas con naturalidad grandísima, inmutable en su varonil amistad, sin ternuras ni chillidos, no dando mucho pero también pretendiendo poco.

El último rompimiento tuvo lugar por causa del maestro Fassi que había inspirado á la Zibelli una ardiente simpatía, y cuyas continuas conferencias con la Pedani, á propósito de la gimnasia, la enfurecían acerbamente; y hubiera llevado entonces á la práctica, su propósito de otras muchas veces, de plantear la crisis, si la fuerza de la costumbre, un resto de bondad y el no tener ningún otro motivo que confesar á las gentes, no la hubieran detenido. Más que todo esto sirvió á detenerla, sin embargo, la persuasión de que *el secretario* estaba enamorado de ella.

Y no solamente se quedó, sino que renacieron para su amiga las ternezas de antes.

## V

Ni aún en esto había parado mientes la Pedani.

Ésta vivía de un solo pensamiento: la gimnasia; no por ambición ni por pasatiempo, sino por convicción profunda de que la gimnasia educativa, difundida y practicada como ella y otros la entendían, hubiera sido la regeneración del mundo. La predilección por esta enseñanza tenía su principal motivo en el carácter varonil contrario á toda blandura y molicie en la educación, tanto que en las composiciones de las alumnas borraba inexorablemente todos los diminutivos y no toleraba ni los nombres de pila más usuales, consagrados por el martirologio.

Después del impulso que el ministro De-sanctis dió á la gimnasia, y de la poderosa propaganda de Bauman, llegó á constituir en ella una verdadera pasión que le conquistó cierta notoriedad en el mundo escolar de



Turín. Además de enseñar gimnasia en la sección de mujeres "Monviso," donde era también maestra, enseñaba en la escuela, "Margarita," en el "Instituto de las hijas de los militares," en el "Instituto del Socorro," y á las niñas de los socios de la Palestra, dando sobre todo á la enseñanza el impulso vigoroso del propio entusiasmo.

Ciertamente parecía nacida para aquella única cosa. No solo conseguía ejecutar bien, por gusto suyo, los más difíciles ejercicios varoniles en la barra fija y en las paralelas, sino que con el estudio había logrado dominar de un modo insuperable la teoría; admiraba á todos los inteligentes, por la rara prontitud en la variación de los ejercicios, de los cuales había hecho en su cabeza, racionalmente, innumerables combinaciones; por el singular vigor en el mando, obteniendo movimientos prontos, fáciles y simultáneos; por el golpe de ojo agudísimo al cual no se escapaba ni la más pequeña irregularidad en las posturas y movimientos de las más nutridas filas de alumnos.

En la presente ocasión seguía un curso de anatomía en la Palestra; otro había frecuentado ya hacía dos años, con gran aprovechamiento, ampliando sus ideas con muchas

lecturas; de modo que podía fundar y regular su enseñanza, sobre un conocimiento más que mediano del organismo humano y de la higiene.

Al primer golpe de vista reconocía si una muchacha tenía aptitud ó no para la gimnasia, examinaba los cuerpos mal conformados, encontraba las espaldas asimétricas, el pecho jiboso, los abdómenes prominentes, las piernas torcidas y trataba de corregir cada uno de estos defectos con una clase especial de ejercicios adecuados.

Á esto se dedicaba con un celo maternal; se esforzaba por persuadir á las madres de la eficacia de su método cuando luchaban obstinadamente; hacía una guerra implacable á las cinturas demasiado apretadas y á los vestidos excesivamente ceñidos; tenía un cuadro de la estatura y del peso de ciertas alumnas para asegurarse de los efectos de su cuidado; se había comprado á sus expensas un dinamómetro para medir la fuerza; hacía ahorrillos para poderse procurar un aparato medidor de la capacidad pulmonar; hubiese querido que se inventaran mecanismos para graduar la belleza del porte, la destreza, el poder de equilibrio, todo.

Y á más de sus lecciones, se ocupaba en



problemas técnicos especiales, seguía las tareas de los varios congresos regionales de maestros de gimnasia, registrando sus deliberaciones, leía todas las obras extranjeras traducidas que llegaban á sus manos, y no perdía ni un número de los diez periódicos de gimnasia que se publican en Italia, de algunos de los cuales era corresponsal. Uno de sus artículos sobre la *utilidad práctica del salto*, escrito con donaire y con fuerza de argumentación, había despertado la admiración del maestro Fassi, dando ocasión para que trabasen amistad, la cual por lo demás, era de parte del maestro algo interesada, puesto que lleno de ideas, creía, y de conocimientos en su ciencia, faltábale por completo el estilo, como al *Mariscal* de Emilio Augier, y un poquito también de gramática; y la Pedani proveía admirablemente á su deficiencia, convirtiendo sus apuntes en artículos á los cuales él ponía con mano franca su propia firma. Pero la Pedani, que no escribía por la gloria, no se cuidaba de ello.

Completamente dedicada á sus escuelas, todo el día en movimiento por los cuatro ángulos de Turin, sentada á su mesa de estudio cuando terminaba sus lecciones, ocupada ella sola en experiencias gimnásticas

cuando no estudiaba en los libros, era infatigable en su apostolado por la regeneración física de la raza, sin notar siquiera, ni las miradas que de todos lados se arrollaban á su hermosísimo cuerpo, ni las envidias y los celos que suscitaba. Tanto, que quien la conocía de cerca considerábala como una naturaleza de mujer misteriosa, refractaria al amor y casi privada de instinto sexual; y el ingeniero Ginoni, quien tenía gusto en bromear con ella, la llamaba *la vulneradora invulnerable*. Y ella por su parte, parecía justificar esta idea con el poquísimo cuidado que ponía en el vestido, como no fuera por pulcritud.

Un día salía con el sombrero puesto atravesado; otro con el abrigo desabrochado ó con calzado de casa, andaba á pasos demasiado largos, dejaba escapar de su voz varonil notas que hacían volver la cabeza á las gentes sorprendidas, y pronunciaba una erre cuadruplicada que semejaba al ruido estridente de una rana. Pero en vano... todos estos defectos, y hasta las naricillas sin acabar, desaparecían en medio de la belleza poderosa y triunfal de su juvenil cuerpo de guerrera.